

Alemania Oriental: 20 años después de la reunificación



AHORA MISMO

Klaus Zimmermann

Hace veinte años, el 9 de noviembre de 1989, con la caída del Muro de Berlín, se dio el paso decisivo para la reunificación alemana y, eventualmente, la reintegración de Europa. En aquel entonces se cifraban grandes esperanzas en un proceso rápido de integración económica del que fuera Este comunista con el Oeste capitalista. Tasas de crecimiento de doble cifra parecían anunciar un dinámico proceso. Muy pronto, la serenidad se impuso y casi todo el mundo cayó en la cuenta de que la integración real iba a ser un arduo proceso. Basta con considerar que la producción industrial en la antigua Alemania Oriental –que había declinado en cerca de dos tercios después de la unificación– solo en época reciente ha excedido el nivel que alcanzó en 1989. Sin embargo, aun 20 años después de la unificación, el PIB de Alemania Oriental –medido sobre una base per cápita– alcanza solamente cerca del 70% del nivel de la Occidental. (Debido a que menos personas trabajan en la Oriental, la cifra es más alta cuando se mide sobre una base por empleado: solamente el 80% del ingreso por persona de la Occidental).

Sin embargo, se ha logrado un avance significativo en términos de la competitividad de la región. Cuando se mide por costos de la unidad de trabajo, la parte Este salió pareja con el rendimiento en los estados alemanes occidentales a finales de la década de 1990. Desde entonces, las compañías manufactureras que funcionan en el Este se han vuelto alrededor del 15% más competitivas en cuanto al costo que sus contrapartes occidentales. La otra cara de la moneda ha sido un deprimido nivel de empleo. Mientras el sector manufacturero experimentaba un fuerte crecimiento en los volúmenes de producción y en la productividad, fue en lo esencial una recuperación con desempleo desde mediados de los 1990 a mediados de la actual. Si bien la tasa de desempleo todavía excede el 12% –casi el doble del nivel occidental–, la información alentadora es que, en años recientes, el nivel de desempleo ha declinado más en el sector oriental que en el occidental.

Proceso de transformación

La percepción más interesante –y ampliamente pasada por alto– de este proceso de transformación es que la dificultad de Alemania Oriental para ponerse a la altura de la Occidental no estriba tanto en un reflejo de su pasado comunista como en la estructura rural y de baja densidad de la población. Para decirlo de manera sencilla, el valor económico agregado aumenta junto con la densidad poblacional. Cuando más entrelazadas están las compañías, tanto más pueden intercambiar ideas y cooperar de manera estrecha y tanto mejor es para la productividad y para los ingresos.



La canciller alemana, Angela Merkel, y el ex dirigente soviético Mijail Gorbachov, ayer, en el momento de cruzar simbólicamente el antiguo paso fronterizo de la calle Bornholm en Berlín.

Esto es válido no sólo en Alemania, sino en todo el mundo. Es en áreas densamente pobladas donde las corporaciones ubican sus sedes para dedicarse a complejos procesos de toma de decisiones, que van desde estrategias de ventas e investigación y desarrollo, hasta la administración del negocio en general. Es aquí donde se crean empleos del sector de servicios para personal altamente cualificado, como desarrolladores de software, gerentes financieros, especialistas en publicidad, consultores empresariales y expertos en facilitación de comercio.

Alta y baja densidad

Este análisis sugiere que la distinción real no es tanto –como falsamente nos hemos acostumbrado a creer– entre ‘oriental’ y ‘occidental’, sino más bien entre las regiones de baja densidad y las de alta, no importa dónde se ubiquen en el mapa de Alemania. Por ejemplo, la ciudad de Hamburgo, densamente poblada y altamente orientada hacia las redes, generaba un PIB per cápita de 51.000 euros en 2008, lo que la convertía en el mejor actor económico de Alemania. De la misma forma, el estado grande más exitoso en lo económico, Bavaria, con suficientes actividades de redes humanas, generaba 36.000 euros por persona. En contraste, el más débil de los estados federales grandes de Alemania Occidental –Schleswig-Holstein– tiene una baja densidad poblacional y alcanzó un PIB de 26.000. Eso se equipara aproximadamente con el promedio de 21.000 a 23.000 que generan los estados grandes orientales. En general, mientras los estados alemanes orientales tienen en promedio 153 personas por kilómetro cuadrado, el número es de 264 personas en la mitad occidental del país. Y la densidad de población de Schleswig-Holstein, con 179 personas por km², está apenas ligeramente por encima del nivel de Alemania Oriental, como sucede también –y no por coincidencia– con el rendimiento del PIB del estado. Si bien es

difícil medirlas con algún grado de precisión, estas diferencias en densidad de población podrían explicar cerca de la mitad de las diferencias de crecimiento del PIB de las regiones.

Entonces, ¿cuál es el camino hacia adelante para Alemania Oriental? Tendrá que desarrollar una ventaja comparativa regional marcadamente definida. El asunto clave es qué hace mejor que sus competidores en la parte occidental del país. Al buscar una respuesta, es crítico no asumir que este esfuerzo de posicionamiento estratégico es un juego de suma cero y asumir que toda las especializaciones para aumentar la prosperidad ya han sido ‘tomadas’ por las ciudades y estados occidentales. La estructura de las economías nacionales está sometida a cambio permanente, con la posibilidad de encontrar nuevas oportunidades todo el tiempo y con nuevos sectores que emergen como fuerzas poderosas. El que las áreas urbanas se concentren en la especialización es una lección y una idea que se pueden aplicar en todo el mundo, más allá de las fronteras de Alemania. Y en ese sentido, los esfuerzos por actualizarse de otras regiones en otras partes del globo se vuelven directamente relevantes para el caso de Alemania Oriental.

El cinturón manufacturero que está alrededor de Pittsburgh, por ejemplo, trabaja desde hace mucho tiempo para su recuperación económica. Y en una cumbre reciente del G-20 que tuvo como sede a la ciudad se destacó el hecho de que –aún en una economía de mercado altamente competitiva y en buen funcionamiento– lleva décadas antes de que el proceso de reinversión y de actualización se pueda completar exitosamente.

El ejemplo de Detroit

Detroit es un ejemplo de área donde la agonía continúa sin disminuir marcadamente, pese a que la ciudad ha sabido durante décadas que tiene que hacer las cosas de manera diferente. En la misma Alemania, el área del Ruhr –30 años después de

que sus industrias clave, carbón y acero, empezaran a declinar– es otro ejemplo de los largos cronogramas que uno necesita aceptar para que una compleja transformación económica se concrete.

En conclusión, mientras que, 20 años después de la unificación, la carrera por revitalizar las industrias germanas occidentales continúa, la más importante y tranquilizadora percepción para los alemanes occidentales es que, en realidad, no se trata de una historia oriental-occidental, sino de regiones débiles contra fuertes, algo que se puede encontrar en todo el mundo.

Por tanto, si fuéramos a especular y mirar hacia adelante, en 40 aniversario de la reunificación, en 2029, el análisis en ese momento bien podría revelar de manera todavía más sucinta que las partes orientales de Alemania reflejarán su posición relativa en la economía alemana antes de 1945, en vez de antes de 1990. Para que no olvidemos, durante buena parte de su historia, se consideró a esta región como bastante subdesarrollada en lo económico, en especial cuando se comparaba con las densamente pobladas áreas sur y suroeste de Alemania. Sin embargo, en aquel entonces las áreas de Leipzig y Dresden, que todavía se ven hoy como si se ubicaran en el este, eran vistas como parte integral del sur de Alemania. Veinte años adelante del aniversario de este año, con la todavía dolorosa vivacidad de la era comunista disminuyendo hacia el trasfondo, puede que lleguemos a ver el reto de Alemania Oriental como realmente es: una estructura demográfica desfavorable que se forjó hace siglos. Y que, con comunismo o sin él, es una tarea durísima cambiar las cosas de una manera fundamental y duradera, como sucede en otras partes de la Tierra, hasta en los generalmente dinámicos Estados Unidos.

Paralelismos

Aquel país, sin embargo, sí ofrece inspiración a la que fuera Alemania Oriental. Hace 20 años, justo en el momento en que caía el Muro de Berlín, los observadores económicos podrían haber dicho algo similar acerca de otra región de bajo rendimiento: el Sur de los Estados Unidos. Igual que Alemania Oriental, los antiguos estados esclavistas de la Confederación se rezagaron en comparación con los del Norte en términos de ingresos, productividad, logro educativo y muchos de los otros factores que determinan el éxito económico.

Pero ahora ciudades sureñas tales como Atlanta, Birmingham, Charlotte, Dallas y Houston han experimentado periodos de auge, tanto que se están convirtiendo en un destino preferido para jóvenes con formación académica, no sólo para corporaciones extranjeras que buscan establecerse en suelo estadounidense. Si puede suceder allá, puede ocurrir también en la antigua Alemania Oriental.

Presidente DIW Berlin (German Institute for Economic Research) y director de IZA (Bonn-based Institute for the Study of Labor)